



Adriana Camacho Echeverri

Comunicadora audiovisual, periodista y gestora comunitaria. Milita, a través de la gestión cultural y la creación artística, en causas feministas y socioambientales con el colectivo Yama. Es parte del grupo musical Yakutaki, que se dedica a la investigación de músicas tradicionales.

Hay días en que me levanto con una esperanza demencial, momentos en los que siento que las posibilidades de una vida más humana están al alcance de nuestras manos. Este es uno de esos días
(Ernesto Sábato, *La Resistencia*).

El Masintin es un encuentro escénico que se fundamenta en la memoria. Uno de sus propósitos es tejer relaciones recíprocas entre sus gestores y la comunidad. Busca descentralizar el arte de las grandes ciudades y trabajar en la formación de públicos en los territorios más alejados.

En su cuarta edición, el Masintin se dio gracias a la autogestión de una red colaborativa de gestores, artistas y talleristas de Ecuador, Chile, Argentina, Colombia y Perú, con la coordinación del Colectivo Yama y el colectivo Maizal. El encuentro se realizó del 29 de octubre al 3 de noviembre del 2019 en los distritos de Masin, Rahupampa y Chavín, en Ancash, Perú.

La palabra *masintin* proviene del quechua y es uno de los principios de la cosmovisión andina. Hace referencia a la identidad análoga, solidaria y de correspondencia entre elementos del universo. Es la concepción de la relación simétrica y recíproca entre semejantes, una relación que no conlleva jerarquías y uno de los principios sobre el cual se sostiene el *ayllu*, la comunidad, en el mundo andino.



La concepción de *masintin* es un pilar fundamental de este proyecto artístico-cultural que busca fortalecer los procesos identitarios locales desde, con y para la comunidad. Así, la diversidad es el principio de vida que caracteriza a todas las personas y colectivos que hacen posible el encuentro, y el tipo de relaciones que se han tejido desde su gestación son lo que le da nombre: entre pares, entre iguales, entre personas hermanas.

“Geografías en resistencia” fue el eje temático que dio dirección y sentido al Masintin del año 2019. En ese sentido, y debido a que transcurrió en el contexto de los diferentes levantamientos populares que estallaron en varios territorios del continente, el tema que propuso el encuentro desde su concepción se puede leer casi como un acto profético.



Entendemos la resistencia como una acción propositiva frente a un modelo dominante en el que prima el individualismo sobre la colectividad y la monetización sobre la solidaridad.

Así, el Masintin fue posible gracias al trabajo colaborativo y desinteresado de personas de diferentes geografías de la región, personas unidas por un mismo sueño que aún creen en la utopía. Más allá de las historias de memoria y de lucha que cada obra

narró, la concepción misma del Masintin constituye un acto de resistencia.

¿Es función del arte interferir en la vida cotidiana? ¿Revelar aspectos que escapan a la lógica y proponer caminos alternativos a la mirada dominante?

La inauguración del encuentro irrumpió la tranquilidad masina. A las diez de la mañana del 29 de octubre, un pasacalle se tomó las calles de Masin, ubicado en las montañas del Alto Pushka, en la región de Ancash, Perú. A la cabeza, la *ispalla*¹ anunciaba el evento con un megáfono, le seguían tres danzantes de faldas amplias. Tras ellas, las papas de la obra *Papaku-na*, acompañadas de Mama Rayhuana²,

¹ En lengua aymara es el espíritu femenino que vela por los sembríos y los seres minerales y vegetales que habitan en ellos.

² Diosa de la flora y de la fauna, fuente de energía y fecundidad que permite la diversidad.

encarnada por Ojo de Búho, un personaje local. Les seguían los danzantes Yayus que saltaban golpeando el suelo mientras reían. Tras ellos, la banda del colegio, artistas con banderas mapuche y carteles recordando a los muertos de la protesta civil chilena y, a la cola, estudiantes de todas las edades y tamaños. Las calles masinas se convirtieron en el crisol donde se fundieron los aportes culturales de los orígenes más diversos.

La comparsa festiva finalizó su recorrido en el colegio y los Yayus danzaron en el patio. La danza Yayu es originaria del pueblo Marka Jirca, que luego se extendió a Masin y otros poblados cercanos en la época preincaica. Se realizaba en agradecimiento a las primeras lluvias de diciembre y enero, lo que marcaba la temporada de siembra. Sin embargo, en Masin, hace algunos años la danza desapareció.

Con la llegada del primer Masintin en el 2016, el colegio de Masin se comprometió a participar del encuentro y creó el grupo Yayus con estudiantes de secundaria para recrear y recuperar esta antigua danza que se estaba perdiendo. Este año la danza Yayus abrió el encuentro: marcados por el ritmo del bombo y el pingullo, los y las danzantes, con cascabeles en las piernas y trajes y cintas coloridas, golpeaban el suelo con una vara mientras brincaban en la tierra e invitaban a público a participar. La danza Yayu no sólo trajo alegría al evento, esta fue –y es– un poderoso acto simbólico de recuperación de la memoria, que hoy tiene vida propia.

La inauguración del encuentro con este acto simbólico también permitió nuevas formas de relacionarse entre los participantes del encuentro y crear un





diálogo de reciprocidad, de dar y recibir, donde la comunidad se convirtió en co-creadora del Masintin.

El primer día del festival el auditorio del colegio de Masin se convirtió en escenario para la obra *Pacha Marita*. Por medio del clown, la actriz argentina Leticia Leiva narró su paso por el Inti Raymi en Ecuador a través de un viaje por las geografías de Suramérica. La obra rompe la cuarta pared y el personaje, la anciana Marita, se funde con la actriz, con el público y con la realidad. La risa permite abrir un espacio de confianza y reflexionar sobre temas como el rol de la mujer en las tradiciones y la búsqueda de la propia identidad.

La identidad es un tema del que también habla *La Venadita*. La obra, interpretada por la ecuatoriana Juana Guarderas,



está inspirada en la vida de María Plácida Domínguez, una curandera del cerró Ilaló en Ecuador, y narra la historia de una mujer que está al final de su vida, pero no quiere morir hasta encontrarse con su nieta que vive en la ciudad, para dejarle el legado de su conocimiento. Esta mujer encarna el arquetipo de todas las curanderas en el mundo y evoca fielmente a las “mamas” andinas.

El personaje se entrelaza con una serie de elementos alrededor de la memoria y la relación del ser humano con la naturaleza y sus raíces. Sus reflexiones están cargadas de humor, pero también de una crítica al progreso. Varios ancianos del público pudieron ver a sus abuelas reflejadas en el personaje. *La Venadita* es una obra contada desde lo sencillo, lo honesto, lo esencial. Por eso trasciende.



La identidad es aquello que habita la memoria. La memoria vive y se recrea en las personas, en los paisajes, en los olores, en la música, en el cuerpo. A veces, la búsqueda de la identidad puede estar atravesada por el anhelo de volver al lugar de origen y puede encontrar historias de migración y de retorno, de retorno al lugar de origen, pero también al propio cuerpo como el primer territorio que habitamos.

El segundo día del encuentro, la limeña Diana Daf presentó *Pre-ludio / Islas Periféricas* en Rahuapampa. La artista lleva la obra a su lugar de origen, en la que actriz y personaje se funden, y hace un homenaje a su familia ancashina que migró a Lima en la década del 50. La obra explora la potencialidad de nuevos lengua-

jes escénicos y presenta una propuesta interdisciplinar en la que confluyen el performance, lo documental, la instalación, el video performance y el sonido. La obra plantea la reflexión del cuerpo desde su dimensión geográfica y presenta la experiencia artística como una acción transformadora e impactante que resiste a la injerencia de lo moral de un sistema dominante.

Paralelamente, en Masin, se realizaba un taller de narración oral con las abuelas y abuelos de las comunidades. Durante el taller, Juana Guarderas narró un cuento del volcán Cotopaxi (Ecuador) y, poco a poco, los ancianos fueron entonando cantos y contando historias personales, cuentos, adivinanzas. Al final, los abuelos compartieron sus saberes con los niños de la escuelita del pueblo.



En un mundo en el que cada vez los ancianos son más silenciados y excluidos de la comunidad, es preciso recuperar el diálogo intergeneracional desde el cual se construye y sostiene la identidad y la memoria de los pueblos.

Durante la tarde, Carlos Brescia de Huaraz y Luna Paredes de Colombia guiaron un círculo de mujeres y hombres en Masin. Los participantes se encontraron con plantas medicinales como hoja

de coca, flores y sahumerios. El encuentro buscaba invitar a los participantes no sólo a recordar los saberes ancestrales de los Andes, sino a conectar con estos elementos desde un sentido espiritual profundo.

Durante la noche, la obra *Papakuna* llenó el auditorio de Rahuapampa y las tranquilas calles del pueblo dejaron de serlo. La obra del Colectivo Yama, de Ecuador, es una acción teatral de lenguajes múltiples que busca rescatar la diversidad de papas nativas en los Andes como parte de nuestro patrimonio cultural y alimenticio. Con un lenguaje cómico, la obra hace énfasis en la valoración de las comunidades campesinas y de sus manifestaciones culturales, resaltando la importancia de la diversidad en todas sus dimensiones.

Una de las formas más potentes de difundir los eventos durante todo el encuentro fue el perifoneo: una toma del es-

pacio público en el que coplas y pregones anunciaban cada obra. En los recorridos, los niños del pueblo se iban sumando, dando pie a una acción comunitaria y festiva que permitió acercarse y compartir desde un espacio íntimo y cotidiano. El megáfono resulta, además, un símbolo de lucha que devuelve la voz a los que son silenciados. Así, los niños aprovecharon para hacer escuchar su voz.

El perifoneo fue un trabajo rotativo entre todos los participantes del encuentro, aunque, casi se podría decir que algunos de ellos encontraron ahí una vocación. La logística y el montaje de las obras fue también un trabajo colaborativo: cargar cables, montar escenografías y hacer la producción son sólo algunos de los trabajos invisibles que cada uno realizó para que el encuentro ocurriera. Incluidos algunos jóvenes de las localidades



que se sumaron, de forma muy orgánica, al equipo de producción. Así, el Masintin es posible gracias a la suma de muchas voluntades que creen en él.

Durante la historia de la humanidad la tradición oral ha sido la herramienta *per se* que mantiene viva la memoria de los pueblos. El grupo *Chaski Q'ente*, integrado por las actrices limeñas Ana y Débora Correa, desde hace 25 años ha recopilado cuentos peruanos de tradición oral.

El tercer día del festival, en la escuela de Masin, el grupo presentó a obra *Te Voy a Contar*, en la que confluyen la cuentería, el teatro, la música y la danza para contar mitos de los Andes y la Amazonía peruana, territorios unidos y hermanados por los ríos. Por medio del juego, los cuentos trabajan la importancia de lo ancestral y el fortalecimiento de la identidad, la autoestima y la riqueza cultural de las regiones. Para Ana Correa, también directora de la obra *Memorias de Agua*, su participación en el Masintin desde su primera edición constituye un acto de responsabilidad política con los procesos históricos de lucha de los diferentes territorios del país.

El día concluyó con la presentación de *Memorias de Agua*, de Carlina Derks Bustamante. Esta fue una acción muy significativa, ya que es el origen del Encuentro Masintin, y además la obra apela directamente a la memoria de los masinos, donde ficción y realidad se funden. Contada desde la memoria personal de la actriz, la obra revive personajes y hechos históricos que marcaron la historia del pueblo: mamay Viviana y la señorita Ingue, parteras del pueblo; el camión del CADIAP³, símbolo de autonomía de las comunidades; la llegada de la violencia. Pero la obra también hace referencia a la memoria simbólica de Masin con el relato de Mashacuy y su amada Capullana, quienes dieron origen a los ríos Pushka y Capllac.

En los tiempos del, Margarita Bustamante se dedicó a escuchar a los ancianos del pueblo y recopilar los cuentos tradicionales de Masin que luego publicó en un pequeño libro: *Shimikishaay papay mamay* (Mamá, papá, cuéntame un cuento). De este compilado se rescató la historia de Mashacuy en *Memorias de Agua*, que casi todos en el público recordaban y, nuevamente, estaba siendo contada. La memoria es lo único que resiste al tiempo.

El estallido del levantamiento popular en Chile, unos días antes del inicio del Masintin, no estuvo ausente del encuentro. En la obra *Memorias de un Archipiélago* del grupo Gallinazo de Chile, a través del circo y el juego, el personaje Marina relata la travesía que hizo para llegar hasta Masin desde su lugar de origen: la isla Llingua en Chiloé, al sur de Chile.

³El CADIAP, la Comunidad Autogestionaria del Alto Pushka, fue una organización por y para el pueblo, que nació como una herramienta de lucha frente a siglos de marginación de un sistema opresor. Con la llegada de la violencia en los años ochenta al Perú, el CADIAP se vio obligado a disolverse.



La obra, que se estrenó en el encuentro, es un recorrido a través de las diferentes geografías del continente y de las tradiciones y ritualidades de la isla de origen del personaje y de la actriz, que transporta al público a una atmósfera onírica mientras narra relatos cosmogónicos. La potente plástica de la escenografía utiliza elementos sencillos como muñecos de fibra tejidos y barquitos de papel. En escena sobresale una bandera mapuche y al fondo tres carteles con mensajes: "Por y para nuestros muertos"; "Lucha, resistencia, insistencia, amor, disidencia, salud"; "Marichiweu", que en lengua mapudungun significa "cien veces venceremos", un grito de *newen*, de fuerza del pueblo mapuche. La obra termina con la frase "la lucha, la resistencia, el amor y la magia en nosotros aún existe".

El grupo Gallinazo salió de Chile en medio del estallido social, y aunque reconocen que fue difícil dejar su país en ese momento, su lucha por un lugar

más justo es permanente y trasciende las fronteras de las llamadas naciones. En reconocimiento de nuestra identidad latinoamericana, el colectivo trajo una porción de la resistencia chilena al encuentro.

El quinto día del Masintin, el equipo se trasladó a Chavín de Huántar, un pueblo a 2900 metros de altura en el cruce de los ríos Mosna y Huachecsa y entre cuatro miradores: Witpun, Huagac, Pogog y Huántar Patac. Allí se encuentra el templo de Chavín, un centro ceremonial que entre los años 1200 y 500 a. C., sirvió como punto de encuentro de diversas culturas. Se dice que personas de todo el continente hacían largos recorridos para llegar a este lugar sagrado. Su nombre proviene del vocablo quechua *chawpin* que significa "centro", lo que sugiere que, por su ubicación geográfica, equidistante entre la Amazonía y la costa, fue un lugar de intercambio de conocimientos de los pueblos antiguos del *Abya Yala*.

Durante la noche del 2 de noviembre, el día de difuntos, el templo se convirtió en el escenario del Masintin, como parte de la propuesta “Chavín de noche”, una iniciativa de la Dirección Desconcentrada de Cultura (DDC) de Ancash que busca acercar a las personas el arte y la ritualidad de este espacio sagrado. Durante toda la tarde, los técnicos hicieron pruebas de sonido y montaron la iluminación en la plaza cuadrada del templo. Sin embargo, pocos minutos antes de empezar hubo un corte de luz que dejó todo a oscuras, frente a lo que la única alternativa fue encender velas para iluminar el espacio y dar inicio al ritual.

Pareciera que el mismo templo pedía una atmósfera más íntima y sagrada para recibir la ofrenda.

La ceremonia la abrió Martín, un hombre de la zona que creció y vivió en el templo durante 26 años. El ritual inició con una mesa andina en la que todos pusieron sus propósitos en un *kintu*⁴. Se cantó a los *apus*⁵ del lugar y se ofrendaron cuentos, danzas y cantos. Luego se presentó ‘Muyu’, una acción en las fronteras del rito, en torno a la figura de la chakana: un homenaje a los ancestros y a la muerte como el inicio del ciclo de la vida, del tiempo de la siembra y la cosecha. Al final, los participantes del público hicieron parte de la acción y pusieron un propósito por sus ancestros y sus muertos. El ritual terminó con un pago que hicieron todos al río Mosna.

Sacar el teatro de los escenarios y llevarlo a los templos es volver al arte como territorio de lo sagrado. De este modo, el arte supera la representación y se convierte en una acción poderosa de transformación. Reconocer la dimensión espiritual del arte posibilita la reconciliación entre la acción política y la espiritualidad. He ahí la importancia de la ritualidad en cada acción.

⁴ Ramillete de tres hojas de coca utilizadas de forma ritual para hacer una ofrenda.

⁵ Espíritus de las montañas.

La dimensión política del arte radica en su poder transformador de la realidad, en el arte como herramienta de denuncia y visibilización, pero también como una propuesta de nuevas formas de relacionarnos, basadas en el afecto y en la solidaridad.

Descentralizar el arte y llevarlo a las poblaciones más alejadas abre la posibilidad de construir otras formas de relacionarse con el público, en las que las expresiones culturales dejan de ser una mercancía y se convierten en un auténtico compartir.

El último día del encuentro cerró con una presentación en la plaza principal. La cuentera cusqueña Tania Castro compartió con los niños de Chavín relatos que su abuela le contaba en su niñez. Como por arte de magia, el espacio invisible que separa al artista del público desapareció y se creó un diálogo íntimo entre Tania y los niños. Luego, las cantautoras Consuelo de Lima, y la peruana holandesa Ilyari, compartieron su música con el público, composiciones íntimas cargadas de poesía.

"Qué es no resistir, si nacimos resistiendo", replicó Verónica, del grupo Gallinazo, al preguntarle sobre las "geografías

en resistencia". Resistir es creer, es soñar y accionar por recuperar la libertad y la dignidad que el sistema nos ha arrebatado. El trabajo que hace el Masintin es abonar la tierra donde una vez ya se sembró. La lucha vive en Masin como una semilla de esperanza, de memoria y de utopía, desde el arte como un lugar de sanación personal y colectiva.

En la aventura de crear el Masintin, el arte, además de una herramienta de lucha per se, se ha convertido en la excusa para construir procesos de resistencia desde la alegría, los afectos y la solidaridad. Ha permitido soñar y convocar a la autogestión, la formación de redes y el trabajo colaborativo. A través del encuentro Masintin, ha sido posible proponer nuevas formas de relacionarnos y, ¿por qué no?, nuevas formas de existencia, de re-existencia.